

EL NACIONALISMO VASCO ENTRE 1903 Y 1923

LUDGER MEES

INTRODUCCION

Los veinte años entre la muerte de Sabino Arana en 1903 y el golpe de estado de Primo de Rivera en 1923 es quizás junto con el periodo de la dictadura de Primo, el periodo menos conocido de la historia del nacionalismo vasco.

Desconozco las razones que podrían explicar el desinterés de los historiadores hacia este periodo histórico del nacionalismo vasco, que a mi modo de ver es verdaderamente crucial para la historia del movimiento iniciado por Sabino Arana, ya que en él se forman y consolidan estructuras organizativas, ideologías, así como estrategias políticas, cuyo conocimiento resulta imprescindible para entender el desarrollo posterior del nacionalismo vasco. ¿Cuáles son estas estructuras y hechos fundamentales que reflejan la importancia histórica de esos veinte años dentro de la historia del nacionalismo vasco?

En primer lugar, podemos, constatar que el nacionalismo consigue entre 1903 y 1923 superar su estatus inicial de pequeño círculo clandestino ilegal y evolucionar hacia un poderoso movimiento de masas.

En segundo lugar, y estrechamente ligado a esta expansión de poder, habría que resaltar dos fenómenos que ayudan a explicar ese éxito nacionalista: la génesis de un partido bien organizado y la ampliación de la base social. Al constituirse como un partido político bien organizado, dotado de un programa y con la participación de la base, el Partido Nacionalista Vasco o, más tarde la Comunidad Nacionalista Vasca, se distanciaba claramente del modelo de política tradicional, que en la sociología se ha llamado “política de notables”, marcando así un rasgo nuevo y moderno dentro del proceso de modernización socioeconómica y política que operaba en Euskadi desde el comienzo de la industrialización en los años 70/80 del siglo XIX. Al ampliarse la base social, deja de ser un movimiento sobre todo pequeño-burgués, para transformarse en un movimiento claramente interclasista que encuentra apoyo en todas las capas sociales, menos entre los obreros

inmigrados no vascos. En este sentido hay que mencionar especialmente al sindicato basquista “Solidaridad de Obreros Vascos-Eusko Langileen Alkartasuna” (ELA-SOV), que se funda en 1911. Y finalmente, el tercer hecho histórico que revela la importancia del período entre 1903 y 1923 para la historia del nacionalismo vasco: la confirmación y consagración de la coexistencia entre ideología maximalista y práctica posibilista. Este dualismo obtiene especial interés no solamente durante las discusiones sobre el programa político del partido, en las elecciones o en el cisma de 1921, sino también durante la primera campaña de autonomía que inicia el nacionalismo vasco en su historia a partir de 1917.

ORGANIZACION DE LA ESTRUCTURA DEL PNV Y BUSQUEDA DE UN COMPROMISO TACTICO E IDEOLOGICO ENTRE LAS FRACCIONES RIVALIZANTES DEL PARTIDO (1904-1906)

Después de la muerte de Sabino Arana en 1903, el Partido se encontraba no solamente sin líder, sino también sin programa. La discusión sobre la supesta “evolución españolista” de Sabino había dejado a los afiliados en una profunda confusión ideológica y había acentuado las luchas internas latentes ya durante la vida de Arana. Entre los “Jelkides” reinaba cierta desesperación, como describe Zabala en sus memorias, y la lucha entre las dos fracciones del partido no tardó en reanudarse. Dos semanas después de la muerte del “Maestro”, el órgano de los disidentes, el periódico “Euskalduna” comienza su campana contra la dirección del PNV, liderado ahora por Zabala. La avalancha de críticas, que “Euskalduna” y sobre todo su principal ideólogo Eduardo de Landeta, familiar del gran industrial nacionalista Ramón de la Sota y Llano y administrador de sus negocios, vierte sobre la dirección del PNV, se concreta en distintos puntos: el autoritarismo de Zabala como jefe del partido, la falta de legitimación democrática del puesto de Zabala, el caos organizativo del partido, la falta de un programa, la poca flexibilidad en las elecciones y el desinterés de la dirección en una —según Landeta— necesaria ampliación de la base social del partido entre las capas de la burguesía vasca. En resumidas cuentas, Landeta y los colaboradores de “Euskalduna” plasman en sus artículos un proyecto nacionalista moderado, democrático, parlamentarista y legalista, cuyo punto de lanza sería un partido nacionalista con amplio apoyo social, dirigido como “partido de orden” por la burguesía nacionalista.

¿Qué posibilidad de reacción quedaba a Zabala y a sus aliados aranistas para hacer frente a la campana de desestabilización orquestada por los disidentes? Una estrategia radical de rechazo total de las pretensiones de los oponentes hubiera sido contraproducente ya que el partido todavía no podía vivir sin el prestigio social de los candidatos en las elecciones, que normalmente provenían de los círculos euskalerrriakos, sin su dinero y sin sus bue-

nas relaciones con el aparato de justicia. Por esta razón, la difícil tarea de Zabala consistía en intentar un acercamiento y una integración de los disidentes en el partido, sin perder el control del mismo y sin chocar con los intereses de la fracción radical-aranista. A lo largo de su mandato, Zabala tuvo que solucionar concretamente tres temas conflictivos: la elaboración de un programa nacionalista junto con la organización interna del partido; el posicionamiento nacionalista ante los Concierptos Económicos y tercero, la definición de una estrategia electora.

En lo que se refiere al programa, Zabala se encontraba desde un principio en una posición difícil. Por un lado, veía la necesidad de organizar el partido y dotarle de un programa político, imprescindible no solamente para la definición de la estrategia política y electoral, sino también para la captación de nuevos afiliados, y en caso de que ese programa consiguiese la aprobación legal de los tribunales, para la “legalización” del proyecto nacionalista y defensa contra las prácticas represivas de la jurisdicción. Por otro lado, como lo admitía el mismo Zabala, existía entre los afiliados de base y los miembros aranistas históricos un fuerte temor a una infiltración y finalmente dominación de los disidentes “españolistas” en torno al periódico “Euskalduna”.

Ante la duda, Zabala se refugió en el ámbito menos conflictivo, que era la organización del partido. A partir de la primavera de 1904 se dedicó a tomar una serie de medidas para la configuración de la estructura interna del partido. Su decisión más importante fue el decreto de junio de 1904, según el cual en todos los pueblos con más de 10 afiliados había que elegir un “delegado municipal” como máximo representante del partido a nivel local. Con este decreto comienza la verdadera organización del PNV fuera de Bilbao. A finales de 1904, los delegados municipales eligieron sus “delegados regionales” reunidos en sus respectivas asambleas regionales, a excepción de Alava, donde el partido apenas tenía representación. Los elegidos, Engracio de Aranzadi en Guipúzcoa, Francisco de Oyarzun en Navarra y Alipio de Larrauri en Vizcaya representaban la línea de la dirección del partido y no tenían relaciones con los de “Euskalduna”.

Mientras, los trabajos de organización iniciados por Angel Zabala siguieron adelante a pesar de las críticas, pero la realización del programa se presentaba más complicada. El Delegado General bloqueó en un principio todo intento en esta dirección. Tuvo que ser un empuje exterior e involuntario el que ablandara la postura de Zabala. En noviembre de 1904, al ser Zabala y otros activistas encarcelados por la publicación de un folleto, considerado por la justicia como ilegal, y sufrir las consecuencias de la represión anti-nacionalista, esbozó el Delegado General, todavía en la cárcel, un borrador de un programa político. Este primer intento de elaboración de un programa nacionalista fracasó como varios otros después, sobre todo por la agudización de los conflictos internos entre las dos fracciones nacionalistas, que intentaron controlar y monopolizar los trabajos preparatorios para el programa. Pero

la insistencia de los nacionalistas críticos de “Euskalduna”, que emplearon todos los medios a su alcance contra la dirección del partido, condenada a colaborar con ellos, dió finalmente sus frutos al aprobar la Asamblea Nacional del PNV en diciembre de 1906 el programa-manifiesto del partido y aceptar la dimisión de Zabala, —que además de encontrar el texto del programa demasiado “blando”, se había quemado en los conflictos permanentes. La Asamblea votó una nueva dirección colectiva, cuyos miembros, en grandes rasgos, provenían de las capas sociales medias o bajas de la sociedad y pertenecían al círculo de la directiva anterior.

El nuevo programa del partido, su “Carta Magna” durante muchos años recogía la “fórmula mágica” ya propuesta a principios de siglo por el nacionalista histórico y amigo íntimo de Sabino Arana, Miguel Cortés, y consistente en la proclamación de la abolición de las leyes derogatorias de los fueros vascos y la plena “reintegración foral” de las provincias de Euskadi como máxima finalidad de toda política nacionalista. Con esta fórmula se perseguían dos objetivos simultáneamente. Al ser legal la lucha contra unas determinadas leyes, se pretendía sacar al nacionalismo del obscurantismo político, corrigiendo su fama de ilegal o semi-criminal y defenderle frente a posibles ataques de represión. Al mismo tiempo, y eso era casi más importante todavía, la fórmula de la “reintegración foral”. Ni la palabra “independencia”, ni el término “autonomía” se encuentran en el programa. La pregunta sobre qué sería Euskadi con los fueros restaurados tema que contestarse cada nacionalista según sus propios criterios, lo que facilitaba un acuerdo superficial entre los independentistas más radicales y autonomistas moderados. En esta solución programática superficial y general, que excluía la tematización de las cuestiones conflictivas, encontramos una de las razones más importantes de la relativa estabilidad interna del PNV a lo largo de su historia, marcada por la escasez de proyectos nacionalistas alternativos, sobre todo si lo comparamos con el catalanismo.

Con esta “fórmula mágica”, el PNV abría sus puertas a todos los foralistas, que tenían que cumplir o aceptar dos condiciones marcadas en el Programa-Manifiesto de 1906: la sumisión de la política nacionalista a la Iglesia Católica y la prueba de que uno de los primeros cuatro apellidos era euskérico. Frente a las propuestas más liberales del primer borrador del programa, el PNV de 1906 se perfilaba como un partido católico-clerical, que mantenía los criterios racistas de Sabino Arana —aunque de manera más suavizada— y que políticamente se escondía detrás de una fórmula que podía significar independencia, al mismo tiempo que permitía una interpretación autonomista y práctica política posibilista, como se vería en tiempo de elecciones, y durante el conflicto de las Diputaciones Vascas con Madrid en las negociaciones sobre la renovación del Concierto Económico de 1905 y 1906.

Como medio de presión se había fundado en Guipúzcoa una coalición electoral multi-partidista, la Liga Foral Autonomista, que presentaba la nego-

ciación del Concierto como una lucha entre enemigos y defensores de las tradiciones y de los fueros vascos. Aprovechando así el ambiente fuerista de la sociedad guipuzcoana, consiguió varias victorias electorales aplastantes, que sirvieron como muestra del respaldo de la población a los negociadores guipuzcoanos en Madrid. A pesar de provocar las críticas de la fracción nacionalista en torno a “Euskalduna”, la dirección del —PNV se había negado a entrar en la coalición y facilitar de esta manera la ampliación de la campana a Vizcaya. El PNV, según lo veía su ideólogo guipuzcoano, Engracio Aranzadi, no tenía nada que ver con el “Españolismo” de la Liga, con su “fuerismo noño y enervador, de vascongadismo de sidrería, zortzikos y sokamuturra” (Aberri 6.10.1906). Pero al lado de esta postura teórica purista, pronto surgió una práctica mucho más blanda, abierta y oportunista. El partido no podía quedarse aislado del gran entusiasmo fuerista, generado en la sociedad por el problema de los Conciertos, y permitir que se aprovecharan políticamente los otros partidos. Así, una vez marcada la distancia, el PNV se metió de lleno en la campana, organizando manifestaciones públicas y campanas publicitarias, porque, como decía “Kizkitza” en una carta a Miguel Cortés: “A río revuelto, ganancia de Bizkaitarrones”. Al amparo de esta campana bien orquestada, no resultó sorprendente que las Diputaciones Vascas lograsen un concierto satisfactorio en Madrid, sin mayores problemas, y con eso, la perpetuación de un sistema tributario que favorecía claramente a los intereses de la burguesía, a costa de los pequeños contribuyentes y consumidores. Con su plena integración en la campana, la dirección del PNV había dado por fin la razón a esos sectores del partido que defendían un mayor acercamiento a las capas altas de la sociedad vasca, que eran los mayores beneficiarios de los Conciertos Económicos.

Para las pocas voces críticas que no estaban de acuerdo con este doble juego entre maximalismo teórico y posibilismo práctico, realizado por la dirección en la campana de los Conciertos, no había sitio en el partido: José de Arriandiaga, “Joala”, se dió de baja en noviembre de 1906, manifestando que el partido había dejado de ser nacionalista, haciendo el juego a unos pocos señores pudientes, de los cuales decía: “Sabino gastó su dinero por Euzkadi; esos gastarían a Euzkadi por su dinero” (Euskalduna 17.11.1906). Por una crítica parecida perdía su puesto de trabajo un mes después Santiago Meabe, el director del órgano oficial del partido “Aberri”.

Así se ve claramente cómo se van abriendo paso dentro del nacionalismo vasco las posturas de la fracción disidente y moderada, reunida en tomo a “Euskalduna”. Esta misma tendencia se refleja también en el ámbito electoral nacionalista a la hora de apoyar a otras candidaturas o negociar coaliciones con otros partidos políticos. Zabala impone su criterio de concurrir en solitario a las elecciones, siempre y cuando existan posibilidades de éxito, como en Bilbao, donde después de las elecciones municipales de 1905, el PNV consigue ser la tercera fuerza política después de republicanos y socia-

listas. No obstante, se ve claramente que el PNV ya había elegido el camino de un partido parlamentarista y posibilista, dispuesto a sacrificar su virginidad ideológica en pro de su vocación de poder. He aquí sólo dos ejemplos: según un decreto de Zabala de finales de 1905, en las votaciones para los puestos en los ayuntamientos, las minorías nacionalistas tenían que votar en primer lugar, con la minoría más numerosa entre los otros partidos; sólo en caso de existir dos minorías con el mismo número de concejales, los nacionalistas tenían que decidirse por la minoría católica, es decir, el catolicismo sacrosanto de los nacionalistas sólo era válido en los ayuntamientos, si ayudaba a conseguir mayores cuotas de poder político. En el mismo decreto se aceptaba la designación de alcaldes nacionalistas por Real Orden. ¿Dónde quedaba aquí el ferviente anti-españolismo tantas veces manifestado?

Resumiendo, esta primera etapa del movimiento nacionalista en los años de la Restauración, su importancia se manifiesta en tres hechos fundamentales:

- 1) El comienzo de la organización y estructuración del partido.
- 2) El avance interno de los postulados políticos del ala moderada y burguesa del nacionalismo por la compaginación de ideología maximalista y práctica posibilista.
- 3) La configuración de un programa político capaz de integrar por el invento de la “fórmula mágica” de la “Reintegración Foral” las distintas fracciones nacionalistas.

CONSOLIDACION DE LAS ESTRUCTURAS DEL PARTIDO Y TREGUA INTERNA BAJO EL LIDERAZGO DE LUIS ARANA (1907-14)

La segunda etapa de desarrollo nacionalista, que comenzaría con la dimisión de Angel Zabala en diciembre de 1906 y terminaría con la expulsión del, a partir de 1908, máximo líder nacionalista Luis Arana Goiri a finales de 1915, se desarrolla en torno a tres temas fundamentales: la consolidación de las estructuras del partido y del movimiento nacionalista en general; la búsqueda de una política autónoma, a través de una activación de la lucha electoral, y por último, la reacción interna y externa a la expansión del ámbito de poder nacionalista en general y especialmente a la excesiva carga católico-clerical del nacionalismo ortodoxo.

La Diputación que siguió a Zabala en la dirección del partido, a pesar de ser desde un principio un órgano concebido como transición, que debía evitar al vacío de poder hasta la elección de los nuevos Consejos Regionales y Supremo, no se quedó inactiva. Continuó el trabajo de organización y estructuración comenzado por Zabala y como señal de buena voluntad hacia el sector crítico de “Euskalduna”, que había aceptado a la nueva dirección, pero a la

vez criticado la ausencia de representantes de las altas capas de la sociedad entre sus miembros, se decretó una amplia amnistía, medida que fue acogida con entusiasmo por los críticos. Sin embargo, la inusual armonía de las fracciones nacionalistas no era más que el prelude de una nueva confrontación. A raíz de una condena judicial contra el exdirector de “Aberri”, Santiago Meabe, surgió otra dura polémica. Resultado de ésta fue la auto-exclusión de “Euskalduna” del PNV, auto-exclusión que iba a durar, según se leía en un comunicado, hasta que se realizase un cambio personal en la dirección del partido.

Este cambio estaba previsto, ya que se estaba preparando la celebración de asambleas regionales, para la elección de los consejos regionales como nuevos órganos directivos del PNV. En Guipúzcoa, donde los conflictos internos tan importantes en la vida del partido de Vizcaya no tuvieron reflejo, no hubo problemas. La Asamblea Regional reunida en Zumarraga eligió en abril de 1908 el primer Gipuzko Buru Batzarra, presidido por el ex-integrista y aristócrata guipuzcoano Ignacio Lardizabal. En Vizcaya, la lucha por el poder de las dos fracciones nacionalistas obstaculizó la elección, que finalmente se realizó en condiciones poco democráticas en una segunda asamblea regional en agosto de 1908. La lista ganadora representó el bando nacionalista-ortodoxo, que ya había controlado el partido en los años anteriores. El presidente del BBB era el hermano de Sabino, Luis Arana Goiri, que después de su retirada política voluntaria en Iparralde y su efímero paso por Vitoria había vuelto a Bilbao. Luis Arana, defensor a ultranza de la ortodoxia sabiniana, no reunía en absoluto las condiciones esbozadas para un líder nacionalista en las páginas de “Euskalduna”.

No servía para deshacer los recelos ami-nacionalistas entre las capas altas de la sociedad vizcaína, porque ni pertenecía a ellas, ni podía aspirar a ello. Arana, un arquitecto en paro, había pasado los años anteriores sumergido en una profunda crisis financiera. Si este hombre llegó a ser presidente del BBB y más tarde EBB, fue por su prestigio como hermano de Sabino, que ya en estos años era venerado por sus seguidores como héroe nacional. Luis Arana buscó desde el principio el entendimiento con la oposición interna, fruto del cual fue aprobada la cláusula en la Asamblea Nacional de Elgoibar de octubre de 1908, para su incorporación al manifiesto-programa del PNV, donde el partido se comprometía a respetar el orden legal vigente. Si el Partido Nacionalista se convertía así, bajo el mandato de Luis Arana, en un partido legalista, también podemos decir que este período de siete años significó para el partido un claro regreso ami-democrático, en lo que se refiere a su estructura interna. Basta con señalar que, según las directrices de la nueva organización aprobada en Elgoibar, las juntas municipales ya no eran elegidas por los afiliados, sino nombradas por la dirección regional. Este carácter autoritario de la organización, aunque suavizado en años posteriores, sólo desapareció con la expulsión de Luis Arana a finales de 1915 y bajo la nueva dirección.

Si hemos apuntado el carácter legalista e internamente autoritario del Partido Nacionalista Vasco durante este segundo periodo de su historia, después de la muerte de Sabino Arana, hay que añadir como tercera característica su clasificación como partido más provincialista que nacionalista, por lo menos en lo que se refiere a la organización. Si bien el programa de 1908 definía al Euskadi Buru Batzar, o mejor dicho al “Consejo Supremo”, como “genuina autoridad del partido”, no era así en la realidad. El EBB publicó sus primeros decretos sólo a finales de 1911 y en los primeros años no conocemos ni siquiera la composición personal exacta de este gremio. Mucho más peso, importancia y competencia teman los Consejos Regionales, sobre todo el BBB, que funcionó como verdadero centro de poder. El EBB quedó realmente marginado y el mismo reglamento solo preveía dos reuniones anuales de esta supuestamente máxima autoridad del partido. Esto era en cierto grado lógico, puesto que el partido tenía suficientes problemas con su organización local y regional, como lo muestra por ejemplo la tardía constitución de los consejos regionales de Alava y de Navarra, a finales de 1911.

Si a pesar de los problemas organizativos del núcleo político del nacionalismo vasco, éste consiguió en los años anteriores al cese de Luis Arana una notable expansión de sus cotas de poder, lo consiguió en gran medida gracias a su carácter de “comunidad”. Dicho en otras palabras, el contacto entre el individuo y el nacionalismo no se restringía a las esferas políticas de partido, por los mecanismos caciquiles altamente despreciados por la sociedad vasca y española de la Restauración, sino que se producía a niveles menos sospechosos y más cercanos al individuo, como su vida privada. Aquí hay que mencionar la importancia para la socialización nacionalista de dos instituciones: los Batzokis o “Centros Vascos” y los grupos de la “Juventud Vasca”. Tanto los primeros como los segundos eran entidades político-culturales, cuyas múltiples actividades abarcaban desde la organización de las luchas electorales, gimnasia y otros deportes, baile vasco hasta en algunos casos la implantación de seguros de vida entre los socios.

Sabemos muy poco sobre el número de socios de estas entidades. A modo de orientación mencionaremos algunas cifras, por ejemplo en el año 1907 existían en Guipúzcoa ya 9 Batzokis o Centros Vascos y otros tres se encontraban preparados para su inauguración. En Vizcaya había 19 Batzokis, a los que se iban a sumar pronto otros diez más. Se había abierto en el mismo 1907 el Centro de Vitoria, único en Alava, el de Pamplona vendría en 1910. La Juventud Vasca de Bilbao, fundada en 1903, contaba a principios de 1904 con 400 socios y a finales de 1913 ya eran más de 900, con lo que se había convertido, según fuentes de la época, en el centro político-cultural más grande de Bilbao. En el seno de Juventud Vasca de Bilbao surgieron a partir de 1904 los primeros grupos de jóvenes alpinistas, que pronto adquirieron el nombre de “Mendigoizaleak” y se federaron en 1912 en “Mendigoizale Bazkuna”, organización integrante de Juventud Vasca. La labor propagandística

de estos “guerrilleros de la patria” en los pueblos y aldeas de Euskadi era fundamental, sobre todo si tenemos en cuenta, que a principios del siglo la prensa, las carreteras o los ferrocarriles no habían creado todavía la red de comunicación que conocemos hoy.

Cuando Luis Arana cogió las riendas del partido, la prensa nacionalista estaba luchando para salir de la crisis. Al desaparecer a principios de 1906 el periódico “Patria”, por razones sobre todo económicas, el PNV se quedó sin órgano oficial contando sólo con la revista cultural “Euskadi”, fundada en tiempos de Sabino y desde entonces en crisis permanente. Cuatro meses después apareció el semanario “Aberri” con el fin principal de contrarrestar los efectos que había causado la propaganda del periódico del sector crítico “Euskalduna”. “Aberri” era el primer periódico nacionalista que se mantenía sin subvenciones de personalidades pudientes del partido e incluso parece haber generado algún superávit en las cuentas generales de fin de año. La documentación a la que hemos tenido acceso, demuestra que dos terceras partes de los ingresos totales se lograron por las suscripciones y el resto por la venta ambulante. No había ingresos por anuncios. Más del 70% de los ejemplares vendidos lo fueron en Vizcaya. El periódico era en gran medida el resultado del trabajo gratuito de los colaboradores. Al principio sólo se pagaba un sueldo al administrador, luego también al director, sueldo que se financió rebajándole el suyo al administrador.

Era obvio que el partido no se podía contentar con un sólo periódico, si quería ampliar su éxito político. Como todavía pesaba la mala experiencia del fracasado primer diario nacionalista, “El Correo Vasco” de 1899, la dirección del PNV desarrolló la idea de fundar un periódico en cada una de las cuatro provincias de Euskadi-Sur. Primero se consiguió en Guipúzcoa, donde el 18 de mayo de 1907 salió el primer número de “Gipuzkoarra”; al cual siguió, sustituyendo a “Aberri”, en enero de 1909 “Bizkaitarra”; dos años más tarde “Napartarra” y en 1912 “Arabarra”. Este panorama se completaba en 1907 con el periódico para los jóvenes nacionalistas “JEL”, que sólo duró un poco más de un año. Los otros cuatro periódicos tuvieron una vida más o menos estable, exceptuando “Arabarra” que ya en 1913 tuvo que dejar su publicación para reaparecer en 1918 y otra vez en 1922.

Animados por la buena marcha de “Gipuzkoarra” y “Bizkaitarra”, así como la expansión general del nacionalismo, comenzaron en 1910 los preparativos para la publicación de un diario nacionalista, que finalmente salió a la calle el 1 de febrero de 1913. Para su puesta en marcha se habían creado dos, grandes empresas, “Euzko Pizkundia” y “Tipográfica General”, cuya financiación, un total de 250.000 pesetas, se había conseguido de dos fuentes. La primera, la aportación de varios nacionalistas acomodados que habían comprado obligaciones por el valor de 150.000 pesetas, y la segunda un gran número de pequeños obligaciones que eran afiliados o simpatizantes del partido. Curiosamente estos obligacionistas no tenían derecho a decidir la línea

política del diario, ni podían embolsar los supuestos beneficios que en un futuro pudiera producir “Euzkadi”. Su aportación se basaba en unos principios tan poco mercantiles como idealismo y entusiasmo nacionalista. El dueño real del periódico era el EBB, que lo controlaba por una Junta de Accionistas, nombrados por la dirección del partido. Esta junta contrató también al director de Euzkadi, Engracio de Aranzadi, que desde su puesto y bajo el pseudónimo de “Kizkitza” se iba a convertir en el gran ideólogo del nacionalismo vasco. Era obvio que esa separación radical de los financieros reales del periódico de su control, para evitar que la línea política del diario pudiera influenciarse con la compra de acciones, sólo podía funcionar sin problemas en caso de unidad política del nacionalismo vasco. En caso de conflictos entre obligacionistas, dirección de partido y diario eran previsibles protestas de los obligacionistas, como ocurrió en 1915/16, cuando un grupo de obligacionistas defendió la postura de Luis Arana frente al sector mayoritario del partido, como veremos después.

A pesar del difícil punto de partida del nuevo diario nacionalista, que aparecía en una ciudad de 100.000 habitantes, donde ya existían 5 diarios, “Euzkadi” llegó a ser uno de los diarios más importantes del País Vasco y un poderoso instrumento para la expansión del movimiento nacionalista. Este había aumentado el número de agrupaciones locales del partido de 25 en 1904 a 72 en 1911, de las cuales 43 estaban en Vizcaya, 25 en Guipúzcoa, 3 en Navarra y 1 en Alava. El centro de poder nacionalista era Bilbao, donde el PNV estaba en plena expansión y había llegado a aumentar el número de sus afiliados de 380 en 1909 a más de 1.000 en 1915, sin contar a los afiliados de Abando.

Si cuantitativamente se movía mucho el campo nacionalista, ideológicamente no puede decirse lo mismo. El absoluto “bestseller” nacionalista de estos años que se ha llegado a llamar la “Biblia Nacionalista”, era un librito de un fraile capuchino navarro, Evangelista de Ibero. Su “Ami Vasco”, publicado en 1906, conoció en años posteriores por los menos seis nuevas ediciones. El contenido no aporta nada nuevo. Es una repetición de los conocidos postulados aranistas sobre la independencia, el catolicismo, el moralismo tradicionalista y la raza. No obstante, hay que advertir un hecho sorprendente, y omitido por la mayoría de los historiadores, que consiste en la existencia de claras huellas de posibilismo en este prototipo publicitario de ortodoxia radical-sabiniana. Ibero no insiste en la independencia como finalidad absoluta de toda política nacionalista, se conforma con el independentismo como ideología: “No es precisamente la independencia lo que salva a un pueblo, sino el amor a la independencia” (p.40).

Pero a pesar de esto, no era precisamente la ideología el campo de experimentación del posibilismo nacionalista, que dominaba la práctica política y electoral del partido cada vez más y con mayor éxito. Fruto de este posibilismo fue el nombramiento en 1907 del primer alcalde nacionalista de Bilbao por Real Orden, a instancias del Gobierno conservador de Maura. Este nom-

bramiento de Gregorio Ibarreche y el hecho de que el nacionalismo vasco, hasta entonces tan perseguido por la justicia, se hubiera convertido en posible aliado de los monárquicos conservadores, parece haber avergonzado a la dirección nacionalista, que se abstuvo de comentar este nombramiento en su prensa.

Por el contrario, el PNV, que comenzó a llamarse “Comunidad Nacionalista Vasca” a partir de 1913, no tuvo mayores problemas para unirse a otras fuerzas políticas de la derecha cuando era necesario en las elecciones. El comportamiento del partido en las elecciones varía de provincia a provincia y de elección a elección. La regla general en estos años del mandato de Luis Arana parece ser la siguiente: donde más influencia tiene el nacionalismo, menos coaliciones se dan. Pero la actitud dependía también de otros factores o circunstancias, como la presión de la opinión pública católica, el supuesto peligro de gobiernos liberales y ami-clericales, conflictividad social, unidad de partidos de izquierda o candidatos izquierdistas populares. En términos generales, se puede decir que era en Vizcaya donde el PNV conseguía mantener el mayor grado de autonomía, a pesar de las fuertes presiones católicas, incluso del Vaticano, para entrar en una “Unión Católica” con los otros partidos de la derecha a fin de luchar contra los proyectos anticlericales del gobierno liberal de Madrid. Grandes coaliciones sólo hubo en las elecciones municipales de Bilbao en 1911 y en las provinciales de 1907, o la campana del partido a favor del “independiente católico” y simpatizante nacionalista Chalbaud, en las generales de 1910. En cambio en Guipúzcoa, donde el nacionalismo tenía un carácter mucho más moderado, las coaliciones eran más frecuentes. Así por ejemplo consiguieron los jeltzales donostiarra sus primeros concejales en 1911, gracias a una coalición con los conservadores. En Alava y Navarra, donde las estructuras de la sociedad se movían mucho menos que en Guipúzcoa, y sobre todo en Vizcaya, el nacionalismo se mantuvo en una posición minoritaria, que no permitió éxitos electorales en los años anteriores a la I. Guerra Mundial. Estos éxitos no sobrepasaron en Guipúzcoa todavía el ámbito municipal, mientras en Vizcaya se dieron ya a nivel provincial. La fuerza del nacionalismo radicaba fuera de Bilbao, sobre todo en los distritos de Guernica y Marquina nutriéndose principalmente de los votos de los arrantzales de estos dos distritos costeros, que vivían en una profunda crisis social, provocada por la modernización del sector pesquero y la aparición de la pesca industrial de arrastre. Los votos nacionalistas provenían en gran medida de ámbitos conservadores de la sociedad, ya que el paso del carlismo o alfosinismo al nacionalismo no era tan grande, dado el común catolicismo. Por el contrario, intentos de romper la barrera ideológica entre nacionalistas e izquierda, sobre todo republicana fracasaron, como en 1910/11 el “Partido Nacionalista Liberal Vasco” y poco después, la propuesta de alianza entre los republicanos españoles de Melquiades Álvarez y nacionalismo vasco. No hay que olvidar, que después de 1909 y de la fundación de la coalición electoral “Conjunción Republicano-Socialista”, en buena medida reali-

zada para frenar la expansión nacionalista, un acercamiento entre republicanos y nacionalistas era más difícil aún que antes, si cabe.

Así finaliza este segundo período de historia nacionalista post-sabiniana, con la consolidación del nacionalismo ortodoxo, cuyo núcleo era un partido político de masas con estructuras internas autoritarias y más provincialistas que nacionalista. El nacionalismo había conseguido articularse como un movimiento supra-político, como una “comunidad” que, en su cada vez más importante actividad electoral, había resistido con algunas excepciones las presiones para la unión de los católicos, presentándose generalmente sólo en las elecciones, si bien a costa de una enorme clericalización de sus posturas. Respecto a la vida interna del movimiento nacionalista podemos resumir, que después de una primera etapa bastante conflictiva (elección del BBB, 1907 apoyo a Anitua o Ybarra en las elecciones generales), se había llegado aparentemente a una cierta tregua entre las fracciones, facilitada por el dualismo entre ortodoxia ideológica radical y flexibilidad posibilista práctica, que definía la estrategia de los nacionalistas vascos.

EL NACIONALISMO VASCO EN EL CAMINO HACIA EL PODER (1914-19)

La tercera etapa de desarrollo nacionalista comenzaría con la marginalización y finalmente desplazamiento de Luis Arana desde la cúpula del partido, y terminaría con el bloqueamiento de la campana autonomista, así como la pérdida de la mayoría nacionalista en la Diputación de Vizcaya en 1919. Esta etapa gira en torno a tres grandes ejes temáticos:

- 1) el conflicto con Luis Arana,
- 2) la extensión del ámbito nacionalista en el terreno social y electoral, y
- 3) la primera campana de autonomía del País Vasco.

Luis Arana había llegado a la presidencia del BBB en 1908, después de un proceso de votación muy polémico, llegando a ser en años posteriores también máximo líder del EBB. A pesar de haber sido aceptado en un principio por el sector burgués y moderado del partido, era obvio que su nombramiento había significado un reforzamiento importante de la fracción radical del nacionalismo sabiniano-ortodoxo. Por eso, su expulsión del partido a principios de 1916 ha sido valorada por la historiografía como culminación del largo proceso de lucha por el poder en el partido, ganado finalmente por los defensores de un modelo nacionalista burgués y autonomista.

Sin embargo, un estudio profundo del conflicto nos permite afirmar que las razones de la marginación de Luis Arana y de sus seguidores eran mucho más complejas de lo que la tesis del cese, como resultado de la lucha por el poder interno en el nacionalismo, podría hacer suponer.

¿Qué había pasado? Luis Arana había pactado en secreto con el Gobernador Civil de Vizcaya como representante del gobierno datista en las elecciones municipales de 1915, en Bilbao, el apoyo nacionalista para sacar adelante la Real Orden”. Como contrapartida, el gobernador ofreció a los nacionalistas la reinstauración de dos concejales, suspendidos en sus puestos, después de la elección de 1913, así como la ayuda electoral de la policía. Cuando la votación no salió como habían esperado, y se eligió otro nacionalista en vez del datista, Luis Arana estuvo dispuesto a “sacrificar” el concejal nacionalista electo, falsificando el resultado de la votación para mantener “el honor” del partido. Esta maniobra se descubrió en la prensa, con lo que estalló el escándalo.

La gran indignación entre los afiliados de la Comución hizo vulnerable al hasta entonces líder carismático Luis Arana. El había ensuciado públicamente la imagen del nacionalismo, convirtiéndolo en un partido caciquil y corrupto como los demás, cuando precisamente la propaganda contra el caciquismo monárquico y la autodefinición del partido nacionalista como encarnación de las viejas tradiciones vascas de honestidad y sinceridad había caracterizado al programa nacionalista desde los tiempos de Sabino. Por eso, el mantenimiento de Luis Arana como máximo responsable del nacionalismo vasco se hizo imposible. Su defenestración terminó con la dimisión de Luis Arana, en enero de 1916.

Hasta aquí la narración de los hechos. Volviendo al nivel analítico y preguntándonos por las causas y consecuencias de este conflicto, podemos afirmar, que en primer lugar, el cese de Luis Arana fue, en buena medida, fruto de su auto-marginación dentro del movimiento nacionalista en años anteriores. Su manera autoritaria y egocéntrica de liderar el partido ya no se podía legitimar frente a las nuevas generaciones de Jeltzales que estaban ingresando en el partido, con el mero recurso a la legitimidad tradicional y carismática de Luis Arana, como hermano de Sabino. El estilo de Luis Arana había causado también divergencias dentro de la cúpula nacionalista, por ejemplo, después de las elecciones generales de 1914. Luis Arana había decidido entonces, unilateralmente, romper con la tradición del PNV de no participar directamente en las elecciones generales, nombrando candidato al abogado y naviero Ramón de Bikuña, que fue derrotado en Bilbao por el industrial Echevarrieta por un margen muy amplio de votos.

Otro argumento en el proceso de automarginación de Luis Arana es su defensa a ultranza del concepto provincialista o federalista del nacionalismo, detrás del cual se escondía para muchos jeltzales no-vizcaínos una especie de “imperialismo bizkaitarra”, como admitían hasta los mismos seguidores de Luis Arana. En un período de mayor “nacionalización” del nacionalismo vasco por la integración de los territorios no-vizcaínos, la insistencia al tradicional provincialismo tenía que chocar con la realidad del desarrollo del movimiento. No obstante, hay que tener en cuenta las implicaciones tácticas y

de poder que se mezclaban con las determinaciones ideológicas, siendo hasta cierto punto lógico el “Bizkaitarrismo” de Luis Arana, ya que la mayoría de sus seguidores se encontraba en Vizcaya, sobre todo en Bilbao. Por esta misma razón, sus contrarios tenían que insistir en el carácter nacional del nacionalismo. Así se entiende más fácil la interpretación del conflicto de 1915/16, como asunto meramente vizcaíno y a decidir por el BBB, —tesis sostenida por Luis Arana y seguidores—, y el planteamiento del tema como asunto de interés nacional y a juzgar por el EBB, defendido con éxito los contrarios del líder.

Como último punto referente a la automarginación de Luis Arana, hay que mencionar su mal disfrazado germanofilismo durante la guerra, en oposición con la postura mantenida por la mayoría del EBB y sobre todo del diario nacionalista “Euzkadi”. La postura de Arana chocaba no solamente con las simpatías aliadófilas de la mayoría de los jeltzales, sino también con criterios puramente mercantiles. Durante los años de la Guerra, el diario “Euzkadi” vivió un, hasta entonces y después desconocido, éxito comercial con aumento de suscripciones y grandes beneficios económicos, por lo cual cualquier cambio de la línea editorial hubiera sido contraproducente.

Así pues, el conflicto entre Luis Arana y el EBB está claramente condicionado por el largo proceso de automarginación del presidente del partido. Arana había perdido la lucha, ya antes de comenzar, como demuestra su rápida pérdida de seguidores en Vizcaya. Frente a sí, no sólo tuvo la fracción burguesa y moderada del partido, liderada desde las páginas de “Euzkadi” por Engracio Aranzadi, sino todas las agrupaciones nacionalistas de Guipúzcoa, Alava y Navarra sin excepción, la mayoría de las de Vizcaya y hasta el núcleo del nacionalismo radical pequeño burgués, la Juventud Vasca de Bilbao. Por el contrario, entre sus seguidores se encontraron destacados representantes del ala burguesa del partido, como Mariano de la Torre, íntimo del industrial Ramón de la Sota e inspector de la Compañía Sota y Aznar, José Horn, segundo alcalde nacionalista por Real Orden y varios concejales más de Bilbao.

A pesar de que los frentes en el conflicto no coincidiesen con las divisiones sociales e ideológicas conocidas del movimiento nacionalista, es evidente que las consecuencias de la remodelación del partido a partir de 1916, que conllevarían una radical democratización de las estructuras internas y una potenciación de los órganos centrales o nacionales frente a los provinciales, radicaban en la acentuación pública del proyecto nacionalista moderado y autonomista. El viejo sueño de los Euskalerrriakos del nacionalismo vasco, como partido de orden social y refugio para los intereses de las “Fuerzas Vivas”, dominó la estrategia nacionalista durante los años de la Guerra totalmente, marginando todo tipo de crítica interna. El acercamiento nacionalista a la burguesía vasca se realizó primero, durante la campana contra el proyecto fiscal del Ministro de Hacienda Alba, que quería aumentar la presión fis-

cal contra las empresas beneficiarias del “boom” económico causado por la neutralidad española en el conflicto mundial. El rechazo más efectivo del proyecto Alba en el País Vasco provenía del campo nacionalista, que se basaba en el argumento propagandístico que interpretaba todo ataque a los beneficios extraordinarios de la burguesía vasca como un ataque a la riqueza del pueblo vasco en general. En una campaña bien organizada con la ayuda personal del líder catalanista Cambó, y dirigida desde las páginas de “Euzkadi”, la propaganda nacionalista hizo, una y otra vez, hincapié en la necesidad de una alianza entre nacionalismo y “Fuerzas Vivas” por el bien de los intereses de ambos, como supuestamente lo había demostrado el caso catalán. No era de extrañar que en esta estrategia de acercamiento a la burguesía los obreros y sus intereses no tuvieran mucho lugar. La prensa nacionalista condenó sin paliativos las protestas obreras contra el encarecimiento de la vida, como la huelga general de 1916, así como lógicamente también la huelga revolucionaria de 1917, con la tradicional acusación de ser movimientos políticos, dirigidos por los socialistas en contra de los intereses de los obreros. Esta postura del partido contó al principio con el consentimiento del sindicato nacionalista “Solidaridad de Obreros Vascos” (SOV), que se mantuvo al margen de los conflictos y rehusó la cooperación con los sindicatos socialistas. SOV había sido fundada en 1911 como organización independiente del partido, pero estrechamente ligada a él, como lo demuestra el hecho de haber nacido gracias a los trabajos preparatorios llevados a cabo dentro de la “Comisión de Asuntos Sociales” del PNV. Después de unos primeros años de estancamiento, consiguió sobre todo a partir de los años de la Guerra Mundial un fuerte aumento de afiliación, acercándose en los primeros años veinte numéricamente a la UGT vasca.

Con esta incorporación al nacionalismo de una parte importante de la clase obrera vasca por un lado y de sectores socialmente más elevados a consecuencia del giro burgués del partido por otro, se habían sentado las bases del enorme avance electoral del nacionalismo vasco entre 1917 y 1919. Asimismo actuó favorablemente el entusiasmo autonomista general, fomentado por los acontecimientos de la Guerra y la campana de autonomía vasca, cuyo primer beneficiario fue la Comunión Nacionalista. Los éxitos electorales comenzaron en 1915 con la obtención del primer diputado provincial nacionalista en Guipúzcoa y siguieron en 1917 con el segundo diputado provincial en Guipúzcoa, la elección de la primera mayoría nacionalista en la Diputación de Vizcaya y la mayoría en el ayuntamiento de Bilbao, tres jeltzales electos en San Sebastián y el primer éxito en Pamplona. La ola expansiva electoral llegó por fin a su punto culminante en 1918, cuando en las elecciones generales la Comunión ganó todos los mandatos de la provincia de Vizcaya, menos el de Bilbao, y añadió a este triunfo un diputado electo en Guipúzcoa y otro en Navarra.

Con este respaldo popular masivo comenzó en 1917 la primera campana de autonomía vasca, cuyos impulsores fueron los nacionalistas y especial-

mente la Diputación nacionalista de Vizcaya. En el programa electoral de los candidatos nacionalistas había figurado el propósito de negociar una “Mancomunidad Vasca”, sin que se hubiera especificado este concepto y su contenido político. Recordemos que la aspiración máxima del nacionalismo vasco, expresada en el programa de 1906, había sido “la reintegración foral plena”. Sin embargo, y por las razones expuestas, desde 1906 no se había revelado la significación de la reintegración y la estrategia para conseguirla. El hasta 1917 único tímido intento en esta dirección fue en 1914 la valoración cautamente positiva de la ley de “Mancomunidades”, ratificada por el Gobierno Central y puesta en práctica por la Mancomunidad de Cataluña. El diario “Euzkadi” calificó esta descentralización administrativa como un paso posible en el camino hacia la restauración de los fueros. La misma perspectiva gradualista, elaborada y presentada en la prensa nacionalista por “Kizkitza”, permitió en 1917 la defensa del concepto de la autonomía por todas las fracciones nacionalistas moderadas y radicales. Según esta nueva estrategia, la autonomía no iba a significar el fin de las reivindicaciones vascas, sino solamente el primer eslabón en una larga cadena, en cuyo final estaría la reintegración foral.

Dentro de lo que fue la campana autonómica podemos diferenciar dos períodos distintos. La fase autonómica, ofensiva y unitaria, que comenzaría con la resolución de las tres Diputaciones vascongadas en julio de 1917 y terminaría con la formación del gobierno conservador de Maura, en marzo de 1918. El bloqueo autonómico de los conservadores daría comienzo a la segunda fase, la fase autonómica defensiva, que se cerraría con el fracaso definitivo de las aspiraciones autonómicas tras la vuelta de Maura al poder en la primavera de 1919. Esta periodización será algo distinta para Navarra. Todo el proceso comenzó con la nueva mayoría nacionalista en la Diputación de Vizcaya que impulsó a las otras dos Diputaciones vascongadas y a la navarra a convocar una reunión unitaria que se celebró en Julio de 1917 en Vitoria.

Empujados por el ambiente autonomista generado por los acontecimientos de la Guerra Mundial, los reunidos en Vitoria, carlistas, monárquicos alfonsinistas y nacionalistas ratificaron una resolución conjunta dirigida al gobierno central, en la cual pedían la reintegración foral, o en su defecto, una autonomía vasca “dentro de la nación española”. Asimismo se pusieron de acuerdo sobre un borrador de un anteproyecto autonómico, muy moderado y poco preciso. Representantes de la Diputación de Navarra asistieron en Vitoria sólo como observadores, ya que la institución navarra había decidido a instancias de la mayoría monárquica alfonsinista no sumarse al proceso autonómico para no debilitar más al Estado, cuya crisis se había agudizado en 1917 con las protestas de los militares y la asamblea de parlamentarios. Así se formuló en Navarra por primera vez el argumento, que iba a servir a las fuerzas sociales y políticas relacionadas más directamente con las élites tradicionales de poder en la España y en el País Vasco de la Restauración, para

frenar el proceso autonómico y con ello evitar cualquier posible cambio en las estructuras de poder. A pesar de que la postura navarra encontró pronto sus primeros aliados entre los conservadores datistas en Alava, las diversas asambleas municipales y ex-diputados provinciales de las tres provincias apoyaron la resolución de Vitoria, hasta que en la reunión plenaria de los diputados vascos a Cortes, a finales de agosto de 1917 en San Sebastián, surgieron las primeras dificultades serias, provocadas por el cambio de la estrategia monárquica. Varios diputados alfonsinos criticaron la resolución de Vitoria, pidiendo en lugar de autonomía la plena reintegración foral. La reunión terminó sin la ratificación prevista de la resolución de las tres Diputaciones. Bajo una perspectiva realista, era previsible que una reivindicación maximalista como la “reintegración foral plena” iba a ser rechazada por el Gobierno, con lo cual su defensa por los monárquicos significaba el claro intento de bloquear el proceso autonómico. Este razonamiento fue el causante de una situación paradójica, ya que los nacionalistas se vieron obligados a desarrollar una campaña pública contra lo que había sido la esencia de su programa, es decir, contra la reivindicación de la reintegración foral plena.

A pesar de estos primeros conflictos, el documento de la resolución de Vitoria fue entregado a finales de 1917 al jefe del gobierno liberal, García Prieto, quien prometió una rápida solución de las peticiones vascas. No obstante el gobierno liberal no tuvo tiempo de reaccionar, ya que en marzo de 1918 fue sustituido por el gobierno conservador de Maura, cuyo rechazo de las aspiraciones autonómicas era conocido.

Durante el mandato del jefe conservador, que finalizó en noviembre de 1918, se puede constatar el bloqueo total del proceso autonómico. Sólo en Navarra se registraron nuevos impulsos tras las elecciones municipales, donde habían ganado las fuerzas autonómicas, sobre todo los nacionalistas y carlistas. Así, el ayuntamiento de Pamplona se pronunció unánimemente en favor de la derogación de la ley abolitoria de los fueros de 1839.

Sin embargo, hubo que esperar al verano y otoño de 1918 para que se reanudara la campana autonómica. Con la previsible victoria de los aliados en la Guerra y la crisis del gobierno Maura como telón de fondo, comenzó el último intento de desbloquear el proceso autonómico, teniendo durante toda la campana a los nacionalistas vascos como protagonistas. Las victorias electorales y el desengaño sobre las posturas centralistas del gobierno causaron un mayor radicalismo verbal por parte de los nacionalistas. Así por ejemplo, el EBB calificó en un comunicado oficial el estatus jurídico de las provincias vascas antes de 1839, abiertamente como “independencia”. Pero al mismo tiempo se reanudaban los trabajos parlamentarios para conseguir la autonomía por vía legal y pactada. El grupo parlamentario jeltzale en las Cortes logró del gobierno liberal Romanones la creación de una comisión extraparlamentaria para el estudio de las peticiones autonómicas, así como la creación de una subcomisión que se dedicaría exclusivamente a la cuestión vasca. A

pesar de ello, no se adelantó nada. La comisión extraparlamentaria nació prácticamente muerta, puesto que fue boicoteada por catalanistas y conservadores datistas. Su borrador de estatuto autonómico significaría una mera reforma administrativa municipal y no tenía nada que ver con lo que reclamaban catalanes y vascos. La subcomisión vasca, integrada por el liberal Orueta, el integrista Senante y el nacionalista Chalbaud presentó otro borrador autonómico, también bastante moderado, y, cómo no, “dentro de la unidad nacional”, que logró el apoyo de las instituciones vascas, pero no el de la comisión extraparlamentaria, donde fue rechazado, sobre todo gracias a la insistencia de Victor Pradera. Este se había cristalizado como el ideólogo más eficaz de las élites de poder tradicionales anti-autonomistas, ya que en los meses anteriores había conseguido frenar el recién nacido entusiasmo autonomista navarro, convirtiendo una mayoría decididamente autonómica de ayuntamientos navarros en minoría, en una manipulada y polémica sesión plenaria de los ayuntamientos de la provincia, a finales de 1918. Todas las protestas públicas de nacionalistas y carlistas autonomistas, que se separaron en 1919 del grupo de Pradera, fueron infructuosas. Si alguien guardaba todavía alguna esperanza, ésta se deshizo con la crisis del gobierno Romanones, a mediados de abril de 1919 y la vuelta al poder de Maura.

Así terminó esta tercera etapa de historia nacionalista con un rotundo fracaso político, después de una primera fase claramente ascendente en el ámbito organizativo y electoral. A pesar de la estrategia moderada, burguesa y derechista de los nacionalistas, que se ofrecieron como aliados a los monárquicos, representantes de las clases dominantes en la España de la Restauración, éstos no podían tener ningún interés en cambiar el estatus quo. Por su apuesta, acrítica y extremadamente conservadora, por la posibilidad de una reformismo autonomista monárquico, los jeltzales se convirtieron, sin darse demasiada cuenta, en eficaces defensores de un régimen anacrónico e insostenible, colaborando en la prolongación de su agonía. Cuando en 1919, después del fracaso autonómico, comienza la reflexión interna sobre una nueva estrategia política-nacionalista, se perfilan dos tendencias: una con efectos a largo plazo, y otra con efectos inmediatos. La primera es el comienzo de un largo proceso de concienciación política, al final del cual, ya en los últimos años de la Segunda República, llegarían los nacionalistas a la convicción de la imposibilidad de conseguir la autonomía con los partidos de la derecha y se produciría, por lo tanto, el giro del PNV hacia los partidos de la izquierda. La segunda tendencia que en seguida se haría notar consistiría en la radicalización de las bases nacionalistas y la crítica al modelo nacionalista conservador y burgués, y con ello, el comienzo del último período de historia nacionalista anterior a la dictadura de Primo de Rivera, que llamaremos la crisis nacionalista.

EL NACIONALISMO EN LA CRISIS (1919-23)

El último período histórico del nacionalismo vasco, anterior al giro político del septiembre de 1923, es un período de crisis con dos vertientes estrechamente ligadas entre sí. Por una parte, existe una crisis causada mayoritariamente por razones externas al movimiento nacionalista y por otra, una crisis provocada por causas internas al nacionalismo vasco. Analizando el desarrollo de los acontecimientos, se puede afirmar que la crisis externa precede a la interna y la endurece de alguna manera, teniendo su comienzo en la asamblea de municipios vizcaínos, en diciembre de 1918. Esta asamblea, convocada por el alcalde nacionalista de Bilbao, Mario Arana, tenía como finalidad manifestar el respaldo popular a los parlamentarios vascos, sobre todo nacionalistas, que a la sazón estaban negociando la autonomía en las Cortes. No obstante, la reunión terminó con un escándalo público, después de que los representantes monárquicos, el liberal Balparda y el maurista Bergé, hubieran provocado las iras de los asistentes con sus discursos radicalmente centralistas y ami-autonomistas. Tuvo que intervenir la policía, no pudiendo impedir el destrozo de las oficinas del diario maurista “El Pueblo Vasco” por parte de un grupo de jóvenes de simpatías supuestamente nacionalistas.

La Asamblea de Municipios fue el punto de partida de la gran ofensiva monárquica con el fin de recuperar los espacios de poder perdidos a los nacionalistas. Unas semanas después se reunieron los representantes de las diversas fracciones monárquicas para perfilar la estrategia política en la lucha ami-nacionalista, formando una coalición unitaria electoral, la “Liga Vizcaína de Acción Monárquica”.

Esta ofensiva tuvo su vertiente política y jurídica, consistente esta última en una ola procesual contra los nacionalistas, cuyas consecuencias fueron las destituciones de concejales y diputados electos, cierre de centros nacionalistas o multas a la prensa de la Comunión.

De esta manera, Vizcaya volvió a ser poco a poco lo que había sido antes de la expansión nacionalista, una provincia controlada mayoritariamente por la “Piña”, es decir, por el grupo reducido de poderosos caciques industriales monárquicos. Pero este éxito monárquico se debió en parte a ayuda externa y me estoy refiriendo al pacto electoral entre la Liga Monárquica y los socialistas vizcaínos, liderados por Indalecio Prieto, cuya base fue el común antinacionalismo. El pacto electoral monárquico-socialista tuvo como resultado el aseguramiento de la elección de Indalecio Prieto como diputado a Cortes por Bilbao hasta 1923, la pérdida de la mayoría nacionalista en la Diputación de Vizcaya y la reducción a cero de la presencia jeltzale de la provincia en las Cortes, manteniéndose como único representante del partido en Madrid el diputado por Pamplona, Manuel de Aranzadi, que debía su elección en parte a una coalición con los jaimistas navarros. El declive nacionalista en las elecciones fue general y sólo se frenó a nivel municipal, donde el grado de con-

frontación era menor y los partidos bien organizados como el nacionalista tenían ciertas ventajas contra los partidos de notables monárquicos, que no estaban dispuestos a emplear tanto dinero en la compra de votos como en las elecciones provinciales o generales. Así, los nacionalistas consiguieron sus casi únicos éxitos electorales destacables del período entre 1919 y 1923 en las elecciones municipales de Pamplona y Vitoria de 1920 y 1922. La capital alavesa fue la última de las capitales vascas en elegir un concejal nacionalista, lo que hizo en 1920, eligiendo no sólo uno, sino tres jeltzales.

Esta pérdida de poder y el fracaso de la campana autonómica agudizó la crisis interna del movimiento nacionalista, cuyos rasgos más importantes se pueden resumir en dos aspectos: el primero, la articulación todavía tímida y minoritaria de un nacionalismo obrerista y de izquierdas frente al modelo nacionalista ortodoxo burgués y el segundo, la radicalización de la base jeltzale, que culminaría en la escisión de la Comución en 1921.

Con el inicio de la depresión socioeconómica de la postguerra, el aumento del paro y la conflictividad social, aparecen también las primeras críticas al modelo nacionalista dominante, críticas que provienen de las capas nacionalistas socialmente más sensibles: los sindicalistas y la juventud. La crítica se centra en el supuesto “neutralismo social” de la Comución, que según sus ideólogos era el reflejo de la hermandad racial de todos los vascos, obreros y empresarios, pero que, según los críticos, había servido como disfraz de una política claramente burguesa y ami-obrera por parte de la dirección del partido. En este debate nacen las primeras ideas sobre la necesidad de fundar un partido nacionalista-obrero, articuladas por una pequeña minoría insignificante. Más importante sería la resolución aprobada en el primer congreso de la Federación de Juventudes Vascas, en 1919 en Vitoria, criticando abiertamente la negligencia del partido en las cuestiones sociales y pidiendo la elaboración de un programa social nacionalista, así como la subordinación de la política electoral a la acción social, dentro de la estrategia política general de la Comución. Esta no tuvo más remedio que ceder a las presiones, convocando para mayo del año 1920 una asamblea nacional, en cuyo orden del día figuró la discusión sobre la posición a tomar por los nacionalistas frente a las cuestiones sociales. Esto fue el primer intento serio de superar el tradicional “neutralismo social” que había caracterizado al nacionalismo vasco desde los tiempos de Sabino. Las discrepancias previsibles que iba a traer la discusión de una problemática tan complicada, y más dentro de un partido multiclasi-cista como era la Comución, surgieron por fin en otro campo. La virulencia de la cuestión nacional, que nada más fracasar la campana autonómica había comenzado a dividir el partido de nuevo, causó un aplazamiento del debate social previsto para la Asamblea de Donostia. Los delegados ahí reunidos decidieron convocar una nueva asamblea nacional monotemática para la elaboración de la estrategia social y así poder dedicarse en la asamblea de Donostia exclusivamente a los nuevos conflictos políticos internos. Esa asamblea

monotemática no se celebró nunca y el nacionalismo vasco siguió careciendo de un programa social, ya que después de mayo de 1920 la crisis interna se agudizó, provocando finalmente en 1921 la ruptura de la Comución y la fundación de un segundo partido nacionalista bajo el nombre tradicional de “Partido Nacionalista Vasco”.

El nuevo PNV —cuyo órgano oficial era el semanario de la Juventud Vasca “Aberri”, convertido en diario en 1923— era el partido de la juventud radical nacionalista urbana, de las capas medias bajas y de una parte de los obreros nacionalistas. Tuvo su núcleo central en Bilbao, donde ganó a la Comución en las elecciones municipales de 1922, mientras su influencia en la Vizcaya rural y en Guipúzcoa fue escasa, así como nula en Alava y Navarra. La juventud de la mayoría de sus líderes chocó con la pretensión de simbolizar la recuperación del viejo espíritu auténticamente nacionalista, es decir sabimano, que a los ojos de los PNVistas había sido traicionado por la dirección de la Comución. Así se explica el acercamiento del nuevo partido a Luis Arana y su club de veteranos, el “Euzkaldun Batzokija”, reactivado por Arana tras su expulsión de la Comución en 1916. A condición de poder definir la doctrina y programa del nuevo partido, Luis Arana fue aceptado por la dirección; ingresó en el partido, en el que fue elegido presidente. El enfrentamiento común a la Comución se convertía así en artífice del hermanamiento de personas, que en el conflicto de 1915/16 habían combatido duramente entre sí.

¿Qué diferencias reales existían entre el viejo y el nuevo partido? Ya he mencionado la causa principal de la escisión, el conflicto sobre la interpretación de la cuestión nacional. Los “Aberrianos” criticaron a la Comución por haber cambiado los ideales sabinianos, en su opinión profundamente independentistas, por un regionalismo descafeinado al estilo de Lliga Regionalista Catalana. Pero pronto se demostraría que las posturas de los dos contrarios, en esta discusión sobre las últimas aspiraciones de la política nacionalista, no estaban en el fondo tan alejadas. En las negociaciones sobre una posible reunificación, que comenzaron en 1922, fue éste curiosamente el punto que menos problemas causó a las dos delegaciones. La política de la Comución siempre había combinado, como hemos visto, una práctica oportunista con una ideología utópica, que dejaba sitio a interpretaciones independentistas. Por esta razón no fracasaron las negociaciones en este punto, sino en el de la definición de la estrategia a emplear en el camino hacia la independencia. Mientras la Comución defendía su política tradicional gradualista, que incluía pactos electorales con otros partidos no nacionalistas, el PNV rechazaba todo pacto con fuerzas “españolistas”. Al no querer prescindir los comunionistas guipuzcoanos del pactismo, que tantos frutos les había reportado, fracasaron las negociaciones entre los dos partidos. Es obvio que un partido nuevo podía mantenerse más fácilmente sin pactos, lo que no se puede decir de un partido establecido en las esferas del poder, en parte gracias a estos pactos.

Otro punto diferencial entre los dos partidos nacionalistas era la concepción sobre la configuración interior de una Euskadi autónoma o independiente. El PNV se proclamó federalista, es decir a favor de una independencia entre las provincias de la Euskadi libre, mientras la Comunión criticaba este “provincialismo”, manteniendo a su vez una concepción unitaria de Euskadi. Ya se han indicado las implicaciones político-estratégicas de estas dos concepciones, comentado el conflicto de 1915/16: el provincialismo o federalismo era una estrategia lógica en un partido netamente vizcaíno, que no se quería ver anulado por las otras provincias, donde no tenía representación.

Era el PNV más “de izquierdas” que la Comunión? Indudablemente, las fuentes contemporáneas coinciden en presentarnos al PNV como “partido popular” frente a la aburguesada Comunión. Quizás esto sea cierto en relación a la base social de los dos partidos, pero no tanto a nivel ideológico. Por un lado el PNV mantuvo en su programa el viejo catolicismo a ultranza que también defendía la Comunión. La escisión liberal del PNV, el “Partido Nacional Vasco”, antecesor de Acción Nacionalista Vasca, no encontró mucha simpatía entre los jóvenes del PNV. Por otra parte, tampoco rompió el PNV con el tradicional armonicismo humanista católico-social. No se encuentran críticas en su programa al sistema capitalista. Ahora bien, si existen ciertos impulsos renovadores y diferenciados del modelo nacionalista ortodoxo, como puede ser la aceptación de la interdependencia de lucha social y lucha nacional, o la insistencia en la solidaridad de todos los vascos. Estas tesis fueron lanzadas por el ideólogo principal del PNV, el presidente de la Juventud Vasca Elías Gallastegui, y sancionadas oficialmente por el BBB de su partido. No obstante, si es cierto que el discurso ideológico del PNV tuvo matices socialreformistas, pero hay que analizarlos más como medio de desmarcarse hacia la Comunión, que como oferta de un modelo nacionalista alternativo. En la cuestión social, el programa del PNV no se diferenció en nada del de la Comunión, es decir, se caracterizó por la ausencia de cualquier alusión a la cuestión social.

El gran leitmotiv de la política PNVista, en sus tres años de actividad legal, no proviene del campo social, sino del político, consistiendo en la búsqueda de una estrategia independentista, propia y diferenciada de la Comunión, en la lucha contra el Estado Central. Aquí es quizás, donde se encuentra la mayor novedad del nacionalismo aberriano frente al nacionalismo ortodoxo de la Comunión. Me refiero a la corrección de la perspectiva tradicionalmente un tanto egocéntrica del nacionalismo vasco de cooperación con fuerzas políticas afines no-vascas. La simpatía por los independentistas irlandeses llevó a los aberrianos a organizar varios actos de propaganda con representantes irlandeses e inspiró también la fundación de la organización de mujeres patriotas, la “Emakume Abertzale Batza”, copia del “Cumann man Ban” irlandés.

De la cooperación con galleguistas y catalanistas, surgió en septiembre de 1923 el pacto llamado “Triple Alianza”, donde se pedía a Madrid la concesión de una “plena soberanía política” para los tres territorios históricos, que se reafirmaban en su derecho a luchar por este fin, incluso de ser preciso con métodos radicales. Pero el PNV no tuvo mucha oportunidad de profundizar la cooperación con los nacionalistas gallegos y catalanes, puesto que dos días después de la represión violenta de la manifestación nacionalista, que se había organizado durante el encuentro de la “Triple Alianza” en Barcelona, se pronunció, también en la capital catalana, el general Primo de Rivera enterrando definitivamente al sistema político de la Restauración y dando comienzo a un período dictatorial de siete años. Con este golpe de Estado terminó una época histórica del nacionalismo vasco, cuya evolución, de un pequeño grupo semi-clandestino marginal a un movimiento de masas, cambió profundamente la configuración política, cultural y social de la sociedad vasca.

NOTA:

A fin de no extendernos más, he renunciado a detallar en las notas la bibliografía y fuentes utilizadas. Este artículo se basa en los resultados de mi tesis doctoral, a la cual remito para un estudio más pormenorizado del tema. El título de la tesis se incluye en la bibliografía básica que sigue a continuación a modo orientativo.

BIBLIOGRAFIA

- ARANZADI, ENGRACIO DE: *Ereintza. Siembra del nacionalismo vasco 1894-1912*, San Sebastián 1980.
- ARTOLA, MIGUEL: *Partidos y programas políticos 1808-1936, tomo I*, Madrid 1985.
- BELTZA (=EMILIO LOPEZ ADAN): *El nacionalismo vasco 1876-1936*, San Sebastián 1976.
- CASTELLS ARTECHE, LUIS: *Fueros y Conciertos Económicos. La Liga Foral Autonomista de Guipúzcoa (1904-1906)*, San Sebastián 1980.
- CORCUERA, JAVIER: *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco 1876-1904*, Madrid 1979.
- ELIZONDO, MAURO: *Sabino Arana: Padre de las nacionalidades. Correspondencia inédita de los hermanos Arana Goiri*. Legajo Aranzadi, 2 tomos, Bilbao 1981.
- ELORZA, ANTONIO: *Ideologías del nacionalismo vasco*, San Sebastián 1978.
- ESCUDERO, MANU: *Euskadi. Dos comunidades*, San Sebastián 1976.
- FUSI, JUAN PABLO: *Política Obrera en el País Vasco 1880-1923*, Madrid 1975.
- GONZALEZ PORTILLA, MANUEL: *La formación de la sociedad capitalista en el País Vasco*, 2 tomos, San Sebastián 1981.
- GRANJA, JOSE LUIS: *Nacionalismo y Segunda República en el País Vasco. Estatutos de autonomía, partidos y elecciones. Historia de Acción Nacionalista Vasca: 1930-36*, Madrid 1986.
- HROCH, MIROSLAV: *Social preconditions of national revival in Europe. A comparative analysis of the social composition of patriotic groups among the smaller european nations*, Cambridge U.P. 1985.
- IBER (=EVANGELISTA DE IBERO): *Muera la mentira, viva la verdad*, Buenos Aires 1907.

- KONDAÑO (=ÁNGEL DE ZABALA): *Primeros años del nacionalismo*, San Sebastián 1985.
- LARRONDE, JEAN-CLAUDE: *El nacionalismo vasco, su origen y su ideología en la obra de Sabino Arana-Goiri*, San Sebastián 1977.
- MARTINEZ-PEÑUELA VIRSEDA, ARACELI: *Antecedentes y primeros pasos del nacionalismo vasco en Navarra*, Pamplona 1989.
- MEES, LUDGER: *Nationalismus und Arbeiterbewegung im Spanischen Baskeland Zwischen 1876 und 1923*, Tesis Doctoral, Facultad de Historia y Filosofía, Universidad de Bielefeld (RFA), Agosto de 1988, 1.057 pp.
- MEES, LUDGER: *Nacionalismo Vasco, Movimiento Obrero y Cuestión Social hasta 1923*, en: Tuñón de Lara, Manuel (Dir.): *Gernika: 50 años después (1937-1987). Nacionalismo, República, Guerra Civil*, San Sebastián 1987, pp. 25-49.
- MEES, LUDGER: *Luis Arana Goiri y la crisis de la Comunión Nacionalista en 1915/16*, en: Muga, 69, junio 1989, pp. 38-43.
- MEES LUDGER: *La Izquierda Imposible. El fracaso del nacionalismo republicano vasco entre 1910 y 1913*, en *Historia Contemporánea*, 2, otoño 1989, pp. 249-267.
- OLABARRI GORTAZAR, IGNACIO: *Relaciones laborales en Vizcaya (1880-1936)*, Durango 1978.
- OTAEGUI, MARGARITA: *Organización obrera y nacionalismo. Solidaridad de Obreros Vascos (1911-1923)*, en: *Estudios de Historia social*, 18-19, 1981, pp. 7-83.
- DE PABLO, SANTIAGO: *El nacionalismo vasco en Alava (1907-1936)*, Bilbao 1988.
- PUHLE, HANS-JÜRGEN: *Baskischer Nationalismus im spanischen Kontext*, en: Winkler, H.A. (Ed.): *Nationalismus in der Welt von heute*, Göttingen 1982, pp. 51-81.